

## DON VENUSTIANO CARRANZA Y EL GENERAL URQUIZO\*

**L**a recia figura de don Venustiano Carranza pasa magnífica y serena por las páginas de nuestra historia revolucionaria, que la recoge como una de las máximas de los mexicanos patriotas que merecen nuestro respeto y nuestra devoción.

Grande en sus ideales; firme en las adversidades; estoico en la lucha; sereno en el peligro; justiciero en sus mandatos y magno en la derrota. Tal fue don Venustiano Carranza.

La vida del prócer de Cuatro Ciénegas es de trabajo y de estudios en sus primeros años.

La firme personalidad de su padre, el coronel don Jesús Carranza, imprime su huella en el carácter del que después ha de llevar al triunfo a la Revolución Constitucionalista.

Afecto al estudio de la Historia Patria, a ella dedica gran parte de su tiempo y al afirmarse en sus ideas liberales llega en su conocimiento a la entraña dolorida de la realidad mexicana.

Las labores de campo dan reciedumbre a sus músculos y fortaleza a su espíritu, pero sus horizontes son más amplios que los que percibe su vista serena en las tierras que cultiva. Ya ciudadano, recto en su deber desempeña los primeros cargos públicos y sus méritos, en una época en que sólo excepcionalmente contaban, lo llevan al Senado.

\* Prólogo de la primera edición.

En un Congreso de la Dictadura no podía desenvolverse ampliamente su personalidad. Esto sucede en los albores del maderismo.

Don Venustiano Carranza conocedor de los problemas de México, de ideas liberales y patriota como siempre lo fue, necesariamente tenía que formar al lado de los esforzados revolucionarios que con gran amor por sus ideales y con peligro de sus vidas, gestaban el movimiento reivindicatorio.

Ministro de Guerra en el Gabinete de don Francisco I. Madero, cuando éste era solamente Jefe del Ejército Libertador, después de los tratados de Ciudad Juárez que entregaron a la Revolución sincera e inocentemente al grupo de reaccionarios, cuya ambición la pondría posteriormente en peligro, don Venustiano Carranza ungido por el voto y la confianza del pueblo ocupa la Primera Magistratura de Coahuila, su estado natal.

En este encargo lo sorprende la traición de Huerta y el consecuente sacrificio del Presidente Mártir. Firme en sus convicciones y consciente de sus deberes, es el primero que se apresta a vengar el crimen y a luchar por la legalidad ultrajada por un soldadón beodo.

Ya muerto, la calumnia ayudada del sofisma torvo ha tratado de empañar los justos méritos de don Venustiano, logrando sólo que su figura emerja cada vez más grande, cada vez más pura.

La lucha es quizá la más sangrienta de nuestra historia de crueles turbulencias.

Sin ser militar y satisfecho siempre de su carácter civil, es la cabeza dirigente de los más distintos ejércitos. Domina las pasiones de jefes levantiscos; ordena la marcha de columnas siempre victoriosas; organiza los servicios auxiliares y el gobierno; entabla pláticas con gobiernos extranjeros; inicia su obra legislativa y no se rinde a tan dura prueba, siempre erguido, arrogante y magnífico.

El pueblo armado tiene en él a un ciudadano eminentemente civilista, que lo conduce a la victoria y la conquista de sus preciadas libertades.

En su clara mente la Revolución ya no es sólo un aspecto político, no se conforma con el derrocamiento de un régimen espurio,

la Revolución ha llegado a la médula y se torna lucha social en la que al fin podrán gozar de sus libertades tanto tiempo conculcadas los obreros y los campesinos.

Corona su magnífica labor convocando al Congreso Constituyente, que reunido en Querétaro expide el 5 de febrero de 1917 la Constitución Política que nos rige, con características netamente revolucionarias.

La Nación premia su noble esfuerzo eligiéndolo presidente de la República y ya para terminar su periodo, el problema de la sucesión presidencial lo lleva a la derrota.

Cercado de fuerzas enemigas sucumbió en un oscuro poblado serrano. Sólo la traición pudo haber cometido el magnicidio y su ejecutor sumó una execrable acción más a las de Elizondo y Picaluga y a las más recientes de Huerta y de Guajardo.

Cayó el héroe, como roble que se abate, grande y fuerte.

Devoto de esa vida austera y ejemplar, el general Francisco L. Urquiza lo recoge y con sincera devoción, la narra en páginas sencillas, apasionadas, justicieras.

Urquiza es uno de los militares que honran a la Revolución. Desde joven y consciente de sus ideas se alista en el movimiento libertario que acaudillara Madero y una vez que éste llegó al gobierno presta sus servicios en la Guardia Presidencial.

Después del cuartelazo del 13 es de los que rodean al Primer Jefe y a su lado permanece siempre fiel, obteniendo sus ascensos desde el grado de capitán hasta el de general de Brigada, gracias a sus méritos en campaña y a sus relevantes dotes de organizador militar.

Su estancia prolongada al lado del señor Carranza, a la vez que constituye su mejor escuela lo hace admirar la gigantesca figura del héroe.

Estando encargado de la Secretaría de Guerra y Marina, acompañó al presidente Carranza en su trágica odisea que culminó en la hecatombe de Tlaxcalantongo.

Y vivió estos momentos de tragedia con un puñado de leales, siendo seguramente de imborrables recuerdos para él, pues fueron

el desmoronamiento de dos de sus más preciados cariños: el que debía a su jefe y guía, y el que alentaba por su carrera militar en la que puso además de su generoso corazón la más firme lealtad.

Así como Urquizo sintió la necesidad de ser militar, también sintió la de ser escritor y desde luego inicia su labor literaria que lo ha llevado a uno de los más destacados puestos de nuestra literatura contemporánea.

Las impresiones recogidas en la lucha, el conocimiento de hombres y de sucesos de la misma le dan el más amplio material que aprovecha con visión certera.

Sus dotes narrativas empiezan a hacerse notables desde su primer libro *De la vida militar mexicana*, aparecido en 1930.

Testigo emocionado narra los sucesos que implacablemente fueron preparando la emboscada de la sierra de Puebla, desde los preparativos de evacuación de la capital hasta cuando los escasos supervivientes de esa heroica columna de la Legalidad dieron escolta al cadáver de don Venustiano, como el último y más honroso de sus deberes militares.

*México-Tlaxcalantongo*, no es sólo una aportación para el estudio de nuestra historia revolucionaria, sino también un documento vivido, un pedazo sangrante de la herida entraña de México, una glorificación al gran desaparecido escrita con la sinceridad y la convicción que sólo pudo tener quien vivió esos fatales momentos.

Si Urquizo se singularizó notablemente en el campo de las armas, también lo logra en idéntica forma en el de las letras. Sus libros *El primer crimen* (1933) y *H. D. T. U. P.* aparecido en el corriente año vienen a demostrarlo.

Su estilo sencillo en el que no hay ni exceso de símiles ni de otras figuras literarias, desarrolla la narración en forma precisa, de tal manera que parece infundirle nueva vida. En ocasiones emocionales plasma intensamente, con caracteres vigorosos, el instante álgido.

También a veces burlesco pone con su sátira sencilla toques que realzan de manera precisa los detalles de personas o de sucesos que nos mueven a risa.

Por todas esas circunstancias es el general Urquizo uno de los más estimados escritores revolucionarios y el público sigue con no menguado interés su no interrumpida labor literaria. Poseedor de gran cantidad de anécdotas, crea en nuestra literatura un nuevo género del que es gallarda muestra *Recuerdo que...*, serie de impresiones distintas en las que junto a escenas dantescas hay otras en que se pone de relieve el ingenio de nuestro pueblo. Parecen constituir una charla animada, que a la vez que entretiene a los oyentes les va haciendo conocer detalles históricos unas veces desconocidos y otras desdeñados por su nimia apariencia, pero siempre interesantes por la forma en que los da a conocer su escritor.

A esta lista bibliográfica de sus obras sobre la Revolución hay que añadir una más: *Carranza*.

La biografía del Caudillo es en la pluma de Urquizo la más justa apreciación que merece llegar al pueblo para que conozca en toda su grandeza moral al hombre que supo conducir a la Revolución por caminos de triunfo, por caminos redentores y justicieros.

Con ese afán el Instituto Científico y Literario de Pachuca emprende la publicación de esta obra en la que rinde uno de los más justos y merecidos homenajes al revolucionario íntegro que inspiró la Constitución del 17 y cuya vida merece ser ejemplo para la juventud que mañana pondrá su mente y su corazón en los destinos de nuestro México.

Pachuca, a 3 de julio de 1935

C. HERRERO FRIMONT

